

La novela de su vida

ARCADI ESPADA

EL PAÍS - 20-06-2005

-Para qué nos vamos a engañar. La verdad es que lo más importante de mi vida se produjo cuando el taxista Domingo Faneca recogió en la puerta de la clínica a Berta Roca y su marido Pep Marsé.

-¿Cuándo fue eso?

-Un día de enero de 1933. Yo llevaba en el mundo dos semanas y mi madre había muerto. Eclampsia, una complicación del parto. Mingo Faneca era mi padre.

-¿Y la pareja?

-Venían de parto. También había salido mal. Pero el que había muerto era el hijo.

-¿Un varón?

-Sí.

-¿Adónde les llevaba el taxi?

-A su casa. En el barrio de Gracia. Ellos vivían en la calle de Salmerón. Justo en el primer portal después del metro de Fontana.

-¿Y la clínica dónde estaba?

-Eh... No lo sé. No lo recuerdo. Como si fuera una clínica del Pilar, pero no la actual... No lo sé con certeza. Pero no debió de ser un trayecto muy corto.

-¿Por qué lo dice?

-Dio tiempo a que hablaran. Le dijeron al taxista que acababan de perder el hijo recién nacido. Y Mingo les explicó a su vez su desgracia. Supongo que entonces, después de los consuelos mutuos, habría unos segundos, o incluso unos minutos de silencio. Esto de las novelas. "A Mingo le pasó entonces por la cabeza que..." O bien: "Berta se quedó muy impresionada con la historia del taxista, pero en seguida una idea empezó a rondarle, sin que sus manotazos por apartarla del pensamiento surtieran efecto". O en el cine: planos alternativos del rostro concentrado de Mingo y del rostro asustado de sí misma de Berta, e incluso alguno de Pep Marsé cogiéndola de la mano y mirándola con pena y cariño.

-¿Fue su madre la que habló?

-Sí, así ha quedado, por tradición oral. Je, je. Le dijo al taxista: "¿Por qué no me deja ver a esta criatura?"

-Es increíble.

-Exactamente. Fue increíble.

-¿Y qué pasó?

-En algún momento el taxista rectificaría la marcha y los llevaría hasta donde estaba el niño. El niño era yo, ya lo sabe.

-¿No fabula?

-Nada. Si alguien ha fabulado no he sido yo.

-¿Dónde estaba el niño?

-En la calle de Pardo, en el barrio de Sant Andreu. Vivía con mi tío, l'oncle Joan, un hombre magnífico, vagamente anarquista. Entre otros detalles, salvaría la vida a mi padre, en plena Guerra Civil, cuando un piquete de anarcos iba a liquidarle. Fue capaz de casarse sólo para que mi hermana, que se crió con él, tuviera una madre.

-¿El niño había nacido en la calle de Pardo?

-No, el niño nació en el número 9 de la calle de Mañé i Flaquer, en el barrio de Sarriá, cerca de la estación de tren. Alguna vez he pasado por ahí. Una tapia, un jardín, todo extraño...

-¿Vivían allí sus padres?

-Sí. No recuerdo con demasiada precisión los detalles, pero parece que mi padre estaba contratado como chófer por el amo de la casa, y que éste les había proporcionado una vivienda en el jardín. Una especie de masovería urbana, supongo.

-O sea que Marsé nació en Sarriá.

-No, ése fue Faneca.

-Faneca es el apellido que le puso al alter ego charnego de Marés, en El amante bilingüe.

-Sí, las bromas privadas del oficio.

-Así que el taxi se encaminó a Sant Andreu para que le vieran.

-Sí. Y supongo que me encontrarían satisfactorio porque se me llevaron inmediatamente, en el mismo taxi. Mi madre me contaba que Mingo Faneca la animaba: "Lléveselo por unos días, a ver".

-¿Volvió a verle?

-Un par de veces en la vida. Cuando la primera comunión y cuando se casó mi hermana. No era nadie, está claro. Luego, mucho tiempo después, una periodista, de Lérida creo que era, me dijo durante una comida que había conocido a Mingo Faneca. Y que lo había visto con el dedo puesto sobre una foto mía que publicaba un periódico. Decía: "Éste de aquí es hijo mío".

-¿Cómo se enteró de todo?

-Muy pronto, la verdad. Tenía siete u ocho años y estaba en el pueblo del Panadés de mi familia paterna. Iba paseando con mi abuela, y nos cruzamos con una vieja vecina. Le dijo la vieja a mi abuela, mientras me miraba: "Es bien verdad que no se parece en nada a los Marsé". Mi abuela le contestó que unos se parecen y otros no y siguió andando. Pero yo empecé a tirarle de la manga y de la lengua, que qué había querido decir la vieja. Mi abuela iba contestando que ya me lo explicaría mi madre, pero yo no paraba. Hasta que al llegar a casa me sentó con toda solemnidad en una silla y me soltó: "Nen, tu tens quatre pares". Me pareció muy bien, la verdad, y ahí se acabó todo. Con el tiempo mi madre fue ampliando los detalles. Carmen Balcells la había conocido y había escuchado de su boca la historia del taxista. Carmen siempre me ha dicho que mi madre lo narraba de un modo como mágico. Convencida de que la providencia había puesto en la puerta a Mingo Faneca, y, lo que quizá es peor, a su muerta.

-¿Y esa nariz suya?

-Creo que era de mi madre Rosa.